



Sagrados Corazones
PROVINCIA DE ESPAÑA

Memorias sobre el Buen Padre 2

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

Sumario

CONTINUACION - 6.....	3
CONTINUACIÓN - 7.....	6
CONTINUACIÓN - 8.....	9
CONTINUACIÓN - 9.....	12
CONTINUACIÓN - 10.....	16

CONTINUACION - 6

Annales 1874 – 1875 (pg. 525)

Después de haber evangelizado durante algún tiempo los alrededores de Poitiers, el abbé Coudrin entró en la ciudad, en 1793, y prosiguió durante seis meses el ejercicio de su ministerio a través de mil peligros, a los que no pudo sustraerse sino cambiando su nombre por le de Marche-à-Terre. Así cuentan el suceso en que tomó este nombre.

Había en Poitiers un hospicio llamado Les Incurables, que estaba servido desde 1758 por las hermanas de la Sabiduría, fundadas por el venerable Grignon de Monfort. Estas excelentes religiosas tuvieron la misma suerte que muchas otras: se las echó de esta casa, a pesar de sus señalados servicios, por odio a la religión. Pero la necesidad les obligó bien pronto a llamarlas de nuevo, por no encontrar a nadie que hiciera su servicio en semejante lugar. Ellas fueron quienes, de acuerdo con el conserje del establecimiento, lograron introducir al abbé Coudrin entre los enfermos para administrarles los sacramentos. Una noche hasta pudo decir la santa misa a espaldas de la gente de servicio. Pero otra vez, mientras confesaba a medianoche, los gendarmes llegaron de improviso. Hubieran encontrado al abbé Coudrin en flagrante delito, si no se hubiera acostado rápido en una cama de donde acababan de retirar un cadáver. Pero, el que acababa de expirar se llamaba, al parecer Marche-à-Terre [Trotamundos] Nuestro misionero que caminaba a pie más a menudo que en coche, tomó sin dificultad el nombre del muerto que le había salvado la vida.

Esta denominación llegó a ser más tarde tan conocida por los mismos gendarmes que el abbé Coudrin tuvo que dejarla y hacerse llamar Jerónimo. Se cuenta con ocasión de esto un caso bastante gracioso. Un republicano encarnizado que no le conocía mas que bajo este último nombre, le hizo cierto día este cumplimiento: "En cuanto a vos, Señor Jerónimo, vos sois el hombre más respetable que haya sobre la tierra; pero ese bandido de Marche-à-Terre, si cayera entre mis manos, no le dejaría escapar".

No fue suficiente para el abbé Coudrin cambiar de nombre, tuvo, para ocultarse, que cambiar también varias veces de ropajes. Se vestía a veces de albañil, otras de militar, de mendigo o bien de criado casero en el campo. Estos cambios de decoración no le costaban mucho; teniendo un vestido que por fuera era azul y por dentro de color marrón, no tenía más que darle la vuelta para despistar a la policía; y cuando del lado azul se ponía un cuello y entorchados, se le habría tomado por un soldado.

Por lo demás, el vestido que llevaba preferentemente era una blusa de pobre que le habían dado en el hospicio de los Incurables. Un gran número de fieles le reconocía con este cutre uniforme. Varias veces no pudiendo ir a los lugares lejanos donde se le esperaba, daba su blusa a cualquiera de sus compañeros, recomendándoles que se presentaran en su nombre. Cuando el sacerdote llegaba, se anunciaba como enviado por Marche-à-Terre. ¡Ah!, señor, le decían, no os conocemos; pero conocemos bien ese hábito: vos sois un buen sacerdote.

Durante esta primera estancia en Poitiers, bajo el dominio del Terror, dio nuestro piadoso fundador señaladas pruebas de su celo. Una noche, al atravesar la calle del Coq, escucho a dos personas que se lamentaban de no poder encontrar a un sacerdote intruso que venían buscando para confesar a una enferma en peligro de muerte. El Sr. Coudrin se paró y les preguntó por qué se dirigían así a un cismático. Yo también soy sacerdote, añadió, pero no he prestado el juramento. Condúzcanme donde la enferma. Llegó allí, la confesó y convirtió a toda la familia.

Otra vez el abbé Coudrin al pasar por una calle, una piadosa persona que le conocía le invitó a subir a lo alto de una casa para dar los socorros espirituales a un hombre muy partidario de los intrusos y que estaba enfermo. En esa época las iglesias estaban aún abiertas en Poitiers, pero solo para los sacerdotes juramentados que continuaron en ellas durante algún tiempo su ministerio sacrílego. Algunas personas poco instruidas se dejaban fácilmente seducir por estos extraños a la religión. Nuestro enfermo era aparentemente de este número; de modo que desde que vio al Sr. Coudrin llegar a su lado, le dijo: ¿Sois de esos sacerdotes que no van a la iglesia?; porque si es así, no tendré confianza alguna en vos. El celoso misionero se esforzó por mostrarle a este pobre hombre que no hay verdadera piedad sin una humilde sumisión a la Iglesia y a su cabeza, el Vicario de Jesucristo; pero sus palabras tuvieron al comienzo poco efecto. Sin embargo, después de muchos tanteos, él rogó al enfermo que comenzara la confesión. Fue completa y sincera; pero al llegar el momento de la absolución, un nuevo escrúpulo paró otra vez al penitente: Ah!, Señor, dijo, temo que no seáis un buen sacerdote. Sin embargo la penetrante unción que Dios daba a las palabras de su ministro terminó por triunfar de las astucias del Satán. Un sentimiento de alegría inefable se apoderó del alma del nuevo convertido que gritó con fuerza: Ah, sí, Padre mío, vos sois un hombre de Dios, y vos me habéis salvado. Este caso fue relatado por Mons de Beauregard en una carta a uno de nuestros Padres el 14 de noviembre 1837. He aquí otro rasgo en que la acción de la gracia no es menos admirable:

La mujer de un revolucionario muy ardiente se encontraba en las últimas; queriendo recibir los últimos sacramentos, hizo llamar a Marche-à-Terre. Pero el marido había jurado que si un sacerdote no juramentado entraba en su casa, no saldría de ella jamás. El Sr. Coudrin conocía las disposiciones de este hombre; pero se trataba de salvar un alma: no titubeó un instante. Se dirigió a la casa indicada, llevando consigo el viático. Después de haber confesado a la enferma, se preparaba a darle la santa comunión, cuando el marido entró

súbitamente en su habitación. Sin desconcertarse, el santo sacerdote se volvió hacia él y con un tono firme y solemne le dijo: "En el nombre de vuestro Señor y en el mío os ordeno que os arrodilléis y le adoréis". El pobre desgraciado obedeció, sin proferir una palabra; y el ministro del Señor, después de haber acabado el ejercicio de su santo ministerio, se retiró tranquilamente. La vida de los sacerdotes que se entregaban a la salvación de las almas en esos tiempos calamitosos, estaba de ordinario sembrada de episodios tan variados como numerosos. Los acontecimientos trágicos daban lugar algunas veces a aventuras bastante graciosas. Entre las de este género que se cuentan, referida al P. Coudrin, he aquí una que parece remontarse a la época de que hablamos.

Un día, fue con el abbé Soyer a una casa en que varias personas piadosas se habían reunido con la esperanza de asistir a la misa que debían celebrar allí los dos confesores de la fe. El abbé Soyer llevaba el traje militar: tenía la espada a un costado y el plumero rojo sobre la cabeza. Al verlo una persona entre las asistentes se sintió invadida de pavor: "Virgen santa, gritó, estamos perdidas... una revolucionario". Un signo con la mano y una palabra de explicación calmaron pronto sus alarmas. En cuanto al abbé Couddrin, su aspecto era más modesto. Pero, había en la casa una criada un poco charlatana, por lo que hubiera sido un tanto peligroso contar con su discreción. Para engañarla, la dueña del piso condujo al Sr. Coudrin a la cocina, mientras que el pretendido gendarme se iba a la sala en que se realizaba la reunión. "Este joven, dijo a la muchacha, viene a calentarse aquí unos instantes". La criada creyendo habérselas con un muchacho campesino quiso aprovechar su tiempo y sin más le puso en las manos el asador y le encargó que fuera dando vueltas al asado. El improvisado pinche hacía cuanto sabía en este oficio, sin poder contentar a la cocinera. No tan de prisa, le gritaba, dé las vueltas más despacio!... riéguelo un poco ahora. Ya había pasado una media hora en este servicio y se aproximaba el momento de subir al altar. El abbé Coudrin se esfuma de repente para ir a prepararse. Esta desaparición excitó la curiosidad de la maestra cocinera. Entreabre la puerta de una habitación inmediata ¿y qué era lo que veía? Su aprendiz que se vestía de ornamentos para la misa. Al verlo se le escapó un grito de indignación: "Mire, señora, ahí tiene a ese bribón que se está divirtiendo con las ropas de la misa". Iba a lanzarse contra él, cuando el abbé Coudrin, volviéndose con serenidad, le dijo con aire solemne: "*Soy un sacerdote*". Recuperada del susto, le dijo: "Mi querido señor, os pido perdón, pero al verle tan andrajoso jamás hubiera creído que fuerais un sacerdote". El abbé Coudrin se las vio mal para consolarla. Por lo demás, no la apuró mucho tiempo con su presencia; porque al amanecer dejaba la casa. Cuando más tarde contaba esta anécdota, decía con gracia: "Dudo mucho que el asado haya hecho honor al ayudante de cocinero".

Este suceso, a pesar de su lado cómico, nos da a entender bastante qué difícil era entonces para un sacerdote el ocultarse. También el abbé Coudrin tuvo muchas veces que errar a la aventura en las calles de Poitiers sin encontrar donde guarecerse. En uno de esos momentos en que todo el mundo andaba espantado, rondó un día y una noche entorno a una antigua iglesia de los capuchinos, no teniendo más comida que un trozo de pan negro. Pero si el

cuerpo sufría con estas rudas privaciones el alma estaba inundada de torrentes de gracia.

CONTINUACIÓN - 7

Annales 1876 – 77 (pg. 8)

Nuestro piadoso fundador sabía que las campiñas estaban, más aún que las ciudades, privadas de los socorros de la religión durante estos días del Terror. Por esto había resuelto y en algún modo, prometido a Dios el hacer todo cuanto estuviera en su poder para administrar allí los sacramentos. Cerca de Poitiers se encuentra un grupo de casas conocido con el nombre de Vaumauray. Allí fue donde se retiró el abbé Coudrin algún tiempo con varios sacerdotes conocidos. Dos granjeros de este villorrio habían ofrecido un asilo a los misioneros sin temer los peligros que entrañaba esta generosa hospitalidad. Sin embargo para no desafiar inútilmente al peligro, el abbé Coudrin y sus compañeros no se quedaban en la casa más que durante la noche: de día iban a esconderse en los bosques, sobretodo cuando se temía una visita domiciliaria. Salían antes de la madrugada llevando consigo un pan de pobre, un trozo de queso y vino aguado: Era todo lo que podían darles aquellas pobres gentes.

En abbé Coudrin se marchaba a menudo de allí para ir a ejercer el santo ministerio en las campiñas del entorno; pero volvía siempre aquí como centro de su trabajo. Tan solo en el mes de agosto de 1794 abandonó totalmente este lugar de refugio.

Una de las localidades que visitó más a menudo durante este periodo de su carrera evangélica, fue el barrio de Montbernage, del que hemos hablado. Allí vivían dos esposos cuya memoria todavía (1876) se venera en el lugar: Eran Paul y Bernard, por sobrenombre Cinq-Pieds y su mujer Louise Caillard. Paul Bernard, después de haber trabajado todo el día en las labores necesarias para mantener a su numerosa familia, se pasaba una parte de las noches acompañando a los sacerdotes en sus correrías peligrosas. Cuando el P. Coudrin iba a Montbernage, era a esta casa donde descendía normalmente. Desde que su llegada era conocida en el vecindario, todos los fieles se reunían a la caída del día. Después de haber escuchado las confesiones, el buen Padre decía la santa misa, hacia las dos de la mañana; después predicaba, daba la bendición con el Santísimo Sacramento y partía antes del amanecer, llevando las santas especies, junto con el cáliz y los ornamentos sagrados. Algunas veces debía marcharse bajo una lluvia torrencial, para no retrasarse; pero, por una protección especial de la divina Providencia, estos molestos contratiempos jamás le ocasionaron una indisposición seria; se sentía por otro lado muy feliz de poder ofrecer a Dios estas fatigas para fecundar los trabajos de su apostolado.

Si se cree a una piadosa tradición, el Señor habría manifestado más de una vez qué gratos le eran las prácticas de este celo heroico. Recordaremos tan solo lo que dicen las gentes del país, dejando a los lectores el juicio de apreciar el justo valor de estos relatos.

Una noche, el Buen Padre iba de Montbernage a Vaumauray, acompañado de Nicolas Puisaye, digno émulo de Bernard; llevaba el Santo Sacramento sobre su pecho y rezaba según su costumbre. Ya había caminado un cuarto de legua y se encontraba cerca de una antigua capilla dedicada a Saint Eloi de la que no quedaba más que el altar y algunos trozos de muros. Sintióse entonces incómodo por una urgente necesidad, depositó respetuosamente el Santo Sacramento sobre la losa del altar, colocando su breviario como pedestal; después se retiró aparte, mientras su compañero de viaje se mantuvo en oración. Apenas el Padre Coudrin se había retirado de Puisaye, vio alrededor del portacomunion una luz brillante que no desapareció más que en el momento en que el sacerdote volvió a tomar consigo las santas especies. ¡Ah! Monseñor, dijo entonces este hombre valiente, no temáis, es vuestro ángel de la guarda. Por sorprendente que pudiera parecer este hecho, sin embargo pasa por muy verdadero a los ojos de los habitantes de la localidad. Quien estas líneas escribe ha visitado el escenario de este fenómeno y ha podido constatar por sí mismo la persistencia de la tradición que atesta su autenticidad. Ha visto la losa sobre la que reposó el Santo Sacramento: después fue comprada por nuestros Padres de la Grand' Maison que la conservan como un precioso monumento*.

En otro viaje, el Buen Padre caminaba de nuevo con el mismo compañero; ambos entraron en un bosque que debían atravesar. La noche era tan oscura que se perdieron sin poder encontrar su camino. Cuando se encontraban en esta situación, vieron aparecer a lo lejos una luz, primero bastante débil, pero que se hacía cada vez más brillante a medida que se aproximaban. Su primer sentimiento fue de temor, porque en aquellos desgraciados tiempos el bien debía huir de la luz. Sin embargo, tomando coraje, fueron hacia al lugar en que aparecía este meteoro. Poco tiempo después se encontraron fuera del bosque, sobre la ruta que debían seguir y la luz desapareció.

Otra vez, era probablemente en 1797 o 1798, iba a llevar los sacramentos a un enfermo, en una noche tan sombría en que no se veía cielo ni tierra. Un llamado Charles, habitante de Poitiers, iba a su lado. Una luz extraordinaria vino a iluminar sus pasos y conducirlos hasta la habitación del enfermo que les esperaba. El P. Coudrin, creyendo sin duda que había sido el único testigo de este hecho, no se lo dijo a nadie; pero su compañero fue menos discreto: contó la historia a la Señora Gabriel de la Barre, una de las primeras superiores (sic) del convento de los SS.CC. en Poitiers, que lo ha divulgado después. Nuestro venerable fundador tuvo que manifestar él mismo este favor algún tiempo después. Hacia finales de 1833, dando una conferencia en presencia de una veintena de sacerdotes y de unos treinta hermanos estudiantes, repitió esta narración que uno de los asistentes conservó por escrito.

* Hoy se conserva en la Grand' Maison de las Hermanas.

Todavía más rasgos de la protección divina que parecen referirse al tiempo en que el abbé Coudrin ejercía el santo ministerio en los barrios de Poitiers y en los campos de alrededor.

Un día que Bernard le acompañaba según su costumbre, un joven se aproximó a este valiente hombre y le preguntó si el que caminaba con él no era un sacerdote. Ante su respuesta afirmativa, rogó al abbé Coudrin que fuera a visitar a su padre que estaba muy enfermo. Bernard dijo inmediatamente: No vayáis allí porque el padre de este señor es uno de los partisanos más ardientes de la revolución. – No importa, replicó el Buen Padre, se trata de salvar un alma: no hay que echarse atrás. Su coraje fue bien recompensado; porque viéndose en peligro el viejo revolucionario había reflexionado en su interior; acogió al sacerdote como un ángel enviado del cielo y murió con los sentimientos de un arrepentimiento sincero.

Todos los partidarios del error no aprovecharon igualmente los socorros que así les habían preparado. Dos hermanas buenas católicas fueron igualmente a buscar al abbé Coudrin para que asistiera en su lecho de muerte a su hermano muy celoso partisano de las nuevas doctrinas que había proclamado muchas veces en los clubs. No escuchando más que a su celo, el Buen Padre aceptó esta invitación, tanto más peligrosa porque había un puesto de guardia cerca de la casa del moribundo. En cuanto este se dio cuenta que estaba en presencia de un sacerdote católico, le faltó tiempo para recuperar sus fuerzas y lanzó un grito para llamar a la guardia en su socorro. El ministro del Señor no tuvo tiempo más que para evadirse abandonando al pobre miserable que murió uno o dos días después en su impenitencia.

Otra vez, se encontraba en una casa en el momento en que los perseguidores vinieron a registrar. No había ningún medio por donde evadirse y el P. Coudrin no tuvo tiempo más que de acurrucarse detrás de una puerta. Apenas entraron, los revolucionarios se pusieron a mirar por todas partes, excepto tras aquella puerta, no creyendo sin duda que a nadie se le podía haber pasado por la cabeza el escoger semejante escondite.

Pero he aquí algo de lo más extraño. En lo más fuerte del Terror, el abbé Coudrin fue llamado para confesar en uno de los barrios de Poitiers. La casa en que moraba esta persona se encontraba ocupada por los soldados de la legión de Westerman que acababa de llegar a la ciudad y se disponía a marchar contra los Vandeanos. Para ir hasta la habitación de la enferma había que atravesar un gran patio que daba a los apartamentos en que dormían los soldados así como un criado de la casa. Cerca del portal había un nicho en que se encontraba un gran perro. Dos ancianas mujeres estaban en guardia para introducir al sacerdote cuando todo el mundo estuviera dormido. Desgraciadamente ellas mismas se durmieron, de tal modo que no se encontraban en su puesto en el momento convenido. Llega el abbé Coudrin y al no encontrar a nadie que viniera a su encuentro, intentó abrir despacio la puerta cochera que cerraba la entrada de la casa. Pero era un viejo portón mal asentado sobre sus goznes. Entonces al primer esfuerzo del visitante clandestino, esta pieza enorme se tambaleó y cayó con estrépito. El virtuoso

sacerdote se creyó perdido; pero en vez de echar a correr, se lanzó por el patio y al ver llegar a las dos mujeres a quienes había despertado tal ruido, les dijo: "No me quedan mas que algunos momentos de vida; condúzcanme deprisa a donde esté la enferma, para que pueda darle la absolución. Por un prodigio de la divina Providencia, ni los soldados, ni el criado, ni el mismo perro se habían despertado. El Buen Padre cumplió su ministerio a toda prisa, mientras que, por una asistencia del cielo no menos maravillosa que la primera, las ancianas mujeres, sin excesivos esfuerzos, volvían a colocar la gruesa puerta sobre sus goznes. Admirado por un suceso tan claro de la protección celeste, el P. Coudrin decía marchándose: Dios mío, en verdad queréis protegerme. Sin embargo apenas lo merezco!

Dando a conocer este hecho tan extraordinario, el biógrafo de nuestro fundador, el P. Hilarión, dice en su manuscrito: "Ha sido él mismo (el P. Coudrin) quien nos ha contado en 1801 ó 1802, este hecho con todas sus circunstancias".

El mismo analista añade lo que sigue: Varias personas enfermas moraban juntas en una casa que pertenecía a un fogoso terrorista, que ocupaba él mismo una parte del edificio.

Una de ellas había caído peligrosamente enferma, se previno al Sr. Coudrin, que prometió ir a verla. Una sirvienta bienintencionada debía estar a la puerta a las nueve de la noche, con el fin de introducir al sacerdote, mientras el dueño del alojamiento estuviera a la mesa con sus invitados a una gran cena. En el momento convenido, el abbé Coudrin llegó vestido de mendigo; llevaba esa blusa de pobre que le habían dado en el hospicio de los Incurables y tenía un bastón nudoso en la mano. Llamó ligeramente a la puerta; pero la criada que había olvidado la hora no vino a abrirle. Sin embargo una persona apareció por la ventana y preguntó: ¿Quién anda por ahí? Era justamente la mujer del patriota. El pretendido mendigo se guardo bien de responder; se arrimó a la puerta cuanto pudo, de manera que no pudiera verle. La criada por su lado se acordó entonces de su promesa, y algunos instantes después vino a abrir la puerta, y condujo al sacerdote a la habitación de los enfermos. Un gran perro que estaba en el patio, en lugar de ladrar, según su instinto, vino a lamer los pies del sacerdote y a conducirlo, por así decir, hasta la entrada de los apartamentos. El Buen Padre pasó una hora entera confesando a los enfermos, consolándolos y administrándoles.. Cuando hubo terminado atravesó de nuevo el patio, y el perro se acercó de nuevo para acariciarle y acompañarle hasta la puerta. Cuando el visitante hubo puesto los pies en la calle, nuestro cancerbero comenzó a ladrar con fuerza; pero ya se había acabado el tiempo.

CONTINUACIÓN - 8

Annales 1976 – 77 (pg 80)

En sus correrías apostólicas por los alrededores de Poitiers, el abbé Coudrin era acompañado por alguno de los generosos cristianos que no temían

exponer su vida por salvar la vida del hombre de Dios. El reconocimiento y la religión nos imponen el deber de transmitir a la posteridad los nombres de esos héroes de la fe. Ya hemos señalado al valiente y fiel Paul Bernard, por sobrenombre Cinq-Pieds . Nicolas Puisaye y otro llamado Charles, han figurado igualmente en nuestros relatos. Además de ellos debemos mencionar un cordelero llamado Philippon y dos panaderos de los que uno se llamaba Couvertier y el otro Vinais.

Todas estas valientes gentes consideraban una satisfacción y un honor el guiar los pasos de un apóstol; pero el buen Padre no aceptaba este servicios mas que en caso de necesidad. Por gusto hubiera preferido ir él solo: porque, decía, la educación me obliga a ocuparme de los que quieren venir conmigo; mientras que, cuando estoy solo, rezo mi rosario o hago oración. Esta era en efecto su ocupación favorita. Cuando sus numerosos trabajos le dejaban algunos instantes de descanso, enseguida se ponía a tono con su atractivo por la oración y aprovechaba todos sus momentos de tranquilidad para conversar con Dios de corazón a corazón.

Nuestro Padre fundador se encontraba entre los buenos habitantes de Montbernage, cuando al comienzo de 1794 se redobló la persecución en la que por nada podía uno ser su víctima

Una ferviente cristiana la Srta. Modeste Babin, tenía escondidos a dos sacerdotes en su casa de los alrededores de Poitiers: eran los señores Ambroise de Chartres, vicario de Chaunay, cerca de Loudon, y su hermano, Jean de Chartres, vicario de Braye en Saumurois, cerca de Richelieu. Fueron ambos arrestados y conducidos a prisión, junto con la que les daba hospitalidad. Su proceso se realizó pronto y el 12 de abril 1794, estas tres víctimas fueron decapitadas en el cadalso de la guillotina. Cuentan que los dos sacerdotes al escuchar su sentencia de muerte, no parecían sentir la muerte de la piadosa muchacha que les había recibido; pero esta, para consolarlos, les aseguró que dentro de algunas horas estarían los tres en el cielo.

La Srta. Babin tenía un hermano sacerdote y amigo del P. Coudrin. Esta separación cruel y consoladora a la vez reforzó aún más los lazos de su amistad con el Buen Padre. El Sr. abbé Babin murió en 1830. Pocos días antes de su muerte, estando en plena salud,, había dado al Seminario y a los pobres todo el dinero que le quedaba, como si tuviera un presentimiento de su próximo fin. Dejaba un hermano y una hermana, amigos como él de nuestro fundador. El hermano murió en 1838 y la hermana en 1839, uno y la otra con sentimientos de fe y piedad dignos de la que había engrandecido su nombre con el martirio.

Por lo que se refiere al P. Coudrin, desde el día mismo del arresto de sus tres amigos se había refugiado entre los habitantes del campo: ninguno de ellos se atrevía ya a recibir un sacerdote en su casa. Con más coraje que los otros, Paul Bernard se ofreció todavía a esconder al Sr. Coudrin.; pero éste no creyó que debía aceptar esta propuesta.; temía comprometer a este generoso cristiano y exponerse él mismo, al permanecer en una casa tan sospechosa para los

agentes de la revolución. Tomó la resolución de volver a entrar esa misma noche en Poitiers. La cosa no era fácil; porque nadie podía franquear la puerta de la ciudad sin llevar una especie de pasaporte, que llamaban la carta de civismo, que debía presentarse ante el cuerpo de guardia compuesto por diez o doce hombre bien armados. Por peligrosa que fuese esta tentativa, al menos era lo que había de más razonable. Paul Bernard aprobó esta decisión y quiso participar en su ejecución. Los dos avanzaban hacia la puerta de la ciudad, Bernard iba el primero. ¿Quién vive?, le gritó el centinela.. – Ciudadano, respondió Bernard. La misma pregunta le hicieron al abbé Coudrin que dio la misma respuesta. Mira con cuidado, gritaron los soldados al centinela; pon atención, no vayas a dejar pasar a sospechosos. – No temáis nada, respondió el funcionario, son buenos ciudadanos. Enseguida yendo donde el P. Coudrin, le dio la mano diciéndole en voz baja: ¡Ah!, Señor, de buena os habéis librado!. Este soldado era un buen cristiano que dos días antes se había confesado con el Buen Padre a quien acababa de reconocer por la voz! El abbé Coudrin no permaneció mas que poco tiempo en Poitiers; volvió a salir pronto para continuar su ministerio en los lugares circunvecinos. Permaneció algunos días en el barrio de Saint-Saturnin con otro eclesiástico, Sr. Nicolas Dodain.

Este sacerdote había tenido la desgracia de hacer el juramento cismático; pero le había retractado pronto públicamente y no aspiraba mas que a reparar su falta por el martirio. Le fue concedida esta gracia. Fue con esta ocasión: El abbé Coudrin, queriendo ir al hospicio de los Incurables para oír confesiones, invitó a su compañero a seguirle en esta excursión. El abbé Dodain se excusó, alegando una fatiga excesiva. A penas había salido el Buen Padre, cuando los gendarmes entraron en la casa, cogieron al Sr. Dodain y le llevaron a la prisión. La sentencia de muerte siguió de cerca al arresto y este buen sacerdote fue guillotinado el mismo día de Viernes Santo, el 18 de abril 1794. Su suplicio fue muy penoso; porque el verdugo tuvo que golpearle por dos veces con la cuchilla, ya que tenía el cuello muy grueso. Él mismo había previsto que le estaba reservado este suplemento de sufrimiento, si es que llegara a caer en manos de los enemigos de la religión. Era esperado aquel día para predicar la Pasión en un asamblea de fieles. Se comprende bien que su ejemplo fue una predicación más elocuente que lo que hubieran sido sus palabras.

En cuanto al P: Coudrin, no pudiendo ya volver a la casa donde había estado a punto de ser arrestado, entró, a la vuelta del hospicio, en casa del panadero Vinais, de quien acabamos de hablar. A decir verdad, este refugio apenas era más seguro que el primero; porque los esposos Vinais eran sospechosos precisamente en razón de su gran piedad. A falta de algo mejor, el abbé Coudrin aceptó esta peligrosa hospitalidad. Sus temores estaban bien fundados; pronto los revolucionarios vinieron a hacer en esta casa un riguroso registro. El sacerdote no tuvo más que el tiempo para esconderse en un recodo oscuro donde no fue visto.

Sin embargo Vinais tenía una hija llamada Radegonde de seis o siete años, a quien había tenido cuidado de no confiar su secreto. Pocos días después de la

visita domiciliaria, esta niña, mirando por debajo de una puerta, vio los pies de un hombre en un apartamento vecino y corrió a decírselo a su madre. Esta, comprendiendo el peligro que hubiera podido ocasionar un palabra indiscreta de su hija, se apresuró a hacer desaparecer enseguida a aquel cuya presencia comenzaba a traslucirse. Radegonde entró enseguida en la habitación y al no encontrar nadie creyó que se había equivocado.

Dios recompensó más tarde la buena acción del señor y la señora Vinais con un favor que muy pocos padres cristianos saben apreciar. Su hija entró en el convento de los Sagrados Corazones, adonde hizo sus votos a la edad de unos dieciséis años, con el nombre de Fortunée. Poco después la enviaron a Cahors para restablecer su salud que se alteraba sensiblemente cada día. Fue en esta casa donde entregó su alma a Dios, el 8 de enero 1804, después de haber edificado a todas sus hermanas por su paciencia y su caridad. Cinco o seis días después del arresto del Sr. Dodain, el abbé Coudrin fue llamado para confesar a una enferma en la misma casa de aquella que había denunciado a este santo mártir. El denunciante salió él mismo a abrir la puerta al piadoso visitante que creyó sería un pariente de la enferma. Estaba entonces en la habitación de ella un médico que compartía las ideas revolucionarias del dueño del albergue. Tomando también al Sr. Coudrin por un miembro de la familia de su cliente, se retiró por discreción. El Buen Padre confesó a la enferma le dio el santo Viático y la extremaunción y se retiró inmediatamente. Apenas acababa de salir cuando la señora de la casa, más astuta que su marido le reprochó su poca vigilancia. ¡Qué es lo que has hecho, le dijo ella, es un sacerdote a quien has dejado entrar entre nosotros. - Deberías habérmelo dicho antes, respondió éste: lo habría hecho arrestar! Pero el ministro de Dios estaba ya fuera de su alcance.

Sin embargo la persecución cada día era más violenta. Por todos lados se buscaba a los sacerdotes fieles para llevarlos al cadalso. El P. Coudrin se había refugiado de nuevo en Vaumauray donde algunos eclesiásticos compartían su escondite. Pensaban estos señores que, a la vista del peligro inminente, se cesara durante algún tiempo de celebrar la santa misa; querían también que se ocultaran no solamente los ornamentos y los cálices, sino también los breviarios. Estas precauciones parecieron exageradas a nuestro piadoso fundador. Lo que encontró más oportuno fue dejar definitivamente aquel barrio que ya no le ofrecía un refugio tranquilo y marcharse a fijar su estancia en Poitiers. Entró el martes de Pascua, 22 de abril 1794, camuflado de recadista panadero, llevando una gran hogaza redonda sobre la cabeza. Esta fecha hizo época en la vida del venerable fundador; porque fue a partir de ese momento cuando entrevió la posibilidad de realizar el plan que había concebido en su retiro de la Motte d' Ussaeau, el mes de setiembre 1792.

CONTINUACIÓN - 9

Annales 1876 – 77 (pg 156)

Mientras la impiedad revolucionaria hundía a toda Francia en el duelo y la desolación, Dios inspiraba a algunas personas piadosas de la ciudad de

Poitiers el designio de asociarse para sostenerse mutuamente en medio de las tormentas y reparar al Sagrado Corazón de Jesús por todos los ultrajes con que le colmaban. Desde el año 1793, comenzaron a reunirse en una casa situada en la calle de Oléron. Hicieron allí un pequeño oratorio donde oían la misa, escuchaban la palabra de Dios y recibían los sacramentos, cuando uno de los sacerdotes dispersos por la ciudad iba a visitarlas. Fue en su casa donde el P Coudrin encontró un asilo, cuando llegó a asentarse en Poitiers, el martes de Pascua, 22 de abril 1794.

Fue recibido por ellas como un ángel enviado del Señor; porque los peligros eran tan grandes que no podían sin grandes penas obtener los socorros espirituales que reclamaba su piedad: más de una vez se vieron privadas de la felicidad en oír la santa misa los domingos y días de fiesta. El abbé Coudrin, en compensación de la hospitalidad generosa que encontró en esta casa, hizo de ella como su cuartel general para sus buenas obras. Era allí donde celebraba regularmente la santa misa y los otros oficios, mientras las necesidades del ministerio no le llamaban a otros lugares. Comenzó así, desde ese momento, a dar una dirección más continuada a las personas, aún poco numerosas, que frecuentaban el oratorio.

Entre las Damas que se reunían en este lugar, había tres hermanas provenientes de una familia de Périgord; llevaban el apellido de Sous-de-la-Garelle. La mayor, la Srta. Madelaine de Lussa, tenía un mal en los ojos que amenazaba con dejarla ciega. El médico le había ordenado hacerse un drenaje bajo la piel, asegurando que no había otro remedio. La Srta. Lussa rechazaba esta dolorosa operación; confesó su pena al abbé Coudrin que primero la exhortó a la paciencia y a la resignación; después le dijo que Dios era bastante poderoso como para curarla; que debía por tanto rezar y poner en Él toda su confianza. La enferma siguió el consejo y fue curada sin recurrir a la operación. Este favor, que ella creyó deber atribuir a las oraciones del P. Coudrin, contribuyó no poco a aumentar la muy buena idea que ella misma y sus compañeras se habían formado de la santidad del piadoso director.

Después de haber santificado el domingo en el oratorio de la calle Oléron, el abbé Coudrin consagraba ordinariamente los otros días de la semana a visitar diversos barrios de la ciudad. Lo más corriente era que pasase una jornada entera en una misma casa: allí escuchaba las confesiones de personas en la que se habían dado cita. Durante la noche, iba a visitar a los enfermos; lo que hacía también durante el día cuando era necesario. Más de una vez, en sus correrías evangélicas, vio a agentes de la policía que iban delante de él. Un día, unos de esos esbirros se le acercó diciendo: Ciudadano, ¿has visto pasar a Marche-à-Terre?.- Acaba de pasar por allí, respondió el abbé Coudrin, mostrando la calle que acababa de atravesar.

Tuvo menos suerte otra vez; porque una banda de policías, viéndole de lejos, se lanzaron en su persecución. El abbé Coudrin no tuvo tiempo más que para entrar en la primera casa que encontró abierta; una señora tocaba allí el piano. Sálveme, me persiguen, la dijo. La señora sin alterarse le indica un pequeño reducto al que se subía por una escalera. El abbé se lanzó por allí; pero los

gendarmes llegaron antes de que pudiera retirar la escalera de mano. – ¿Dónde está el sacerdote que acaba de entrar aquí?, gritaron los perseguidores. – *No hay un sacerdote aquí*, respondió la señora; y sin volverse, continuó tocando el piano. Sin embargo no contentos con esta respuesta, los agentes de policía se pusieron a buscar por todos lados; uno de ellos, viendo la escalera, gritó a sus camaradas: Subamos por aquí. – Imbécil, le dijo otro, ¿crees tú que si estuviera ahí habría dejado la escalera tras él? Esta reflexión pareció tan justa que todos se retiraron sin llevar más adelante sus investigaciones.

En una circunstancia análoga, el P. Coudrin no tuvo tiempo más que para meterse en un armario, y Dios permitió que los perseguidores no pensasen en registrar allí.

Alentado por estas señales visibles de la protección del cielo, el celoso misionero prosiguió sus trabajos con intrepidez. No contento con visitar a los fieles a domicilio, concibió el atrevido proyecto de penetrar hasta en la prisión donde gemían las víctimas de la revolución. Había un antiguo convento de religiosas donde se habían reunido muchas señoras sospechosas, partidarias de la realeza y de la religión. El abbé Coudrin había notado que, cada noche, el conserje, al ir a cerrar las contraventanas de su alojamiento, dejaba abierta la puerta de la prisión. Nuestro piadoso fundador estaba un día rondando por la vecindad, a la caída de la noche; y cuando el carcelero se volvió de espaldas, para hacer su maniobra diaria, franqueó rápidamente el umbral de la puerta y fue a esconderse al fondo de un pasillo donde esperó a que todo el mundo se hubiera acostado. Entonces avanzó sin ruido hasta la habitación de los reclusos, golpeó suavemente la puerta que estas señoras vinieron a abrir después de dudar unos momentos. Sería difícil expresar el efecto que produjo esta súbita aparición. Después de que los nobles prisioneros hubieran dado curso a su gratitud, el buen sacerdote escuchó las confesiones y les administró la Santa Eucaristía que siempre llevaba consigo; después les dio las piadosas exhortaciones que su celo le inspiraba. Habiendo terminado así su ministerio, había que pensar en salir de ese lugar; pero la cosa no era fácil. Mientras todo el mundo proponía un medio, una de las prisioneras puso sus ojos sobre una larga plancha atravesada de agujeros que servía para que escurrieran las botellas. Dijo a sus compañeras: "Aquí está nuestro material; no faltan más que los escalones. – ¿No tenemos nuestros husos?, digo otra. Y rápidamente, cada una puso el suyo en uno de los agujeros de la plancha. La improvisada escalera se apoyó a lo largo del muro y con la ayuda de esta máquina, el confesor descendió al patio y escaló el muro opuesto. Apenas había puesto los pies en la calle, un centinela le gritó: ¡Quién vive! El abbé no respondió nada, sino que apresuró el paso; inmediatamente se escuchó una detonación y pasó la bala silbando sus oídos. Poco tiempo después había desaparecido el peligro.

Hemos seguido en este relato los detalles que nos han sido transmitidos por un alumno del Buen Padre Otra versión narra que la evasión se hizo con cuerdas. Sea como fuere, el abbé Coudrin comprendió que una estratagema semejante no podía intentarse una segunda vez. Tomó por tanto otro medio,

que consistía simplemente en ganarse al conserje, quien al parecer mostraba buenas disposiciones. Desde entonces se pudo actuar con mayor libertad. El P. Coudrin invitó por tanto a varios de sus compañeros para que se aprovecharan las facilidades que había conseguido. El Sr. abbé Soyer fue uno de los más ardorosos. Estos sacerdotes llegaron hasta celebrar los santos misterios en la prisión.

El escenario de estos acontecimientos recibió hace poco el destino que le convenía. Los Padres de los Sagrados Corazones que dirigen en Poitiers el colegio de la Grand' Maison, situado sobre el terreno contiguo al del antiguo convento transformado en prisión, adquirieron el emplazamiento que les recuerda tan emocionantes acontecimientos Allí es donde se levanta hoy la bella capilla de Notre-Dame de Paix que consagró Mons. Pie, el 6 de junio 1875 (ver Annales. T. II, 1874 – 75, pg. 577)*

El celo del P. Coudrin, animado por estos éxitos, iba siempre creciendo. No contento con visitar a los prisioneros, acompañaba hasta el patíbulo a quienes eran condenados a muerte y les daba, a una señal convenida una última absolución. Algunas veces escalaba durante la noche los muros del cementerio, para bendecir las tumbas de los asesinados; en esas ocasiones de ordinario se camuflaba de albañil.

No podemos dejar en el silencio, uno o dos acontecimientos que se refieren a esa época de la vida del Buen Padre.

Habiendo un día confesado toda la mañana en una casa, iba a sentarse a la mesa a mediodía, cuando llegó uno diciendo que los terroristas andaban de pesquisas por los alrededores; las personas entre las que se encontraba, temiendo estar en un compromiso, no consintieron en ocultarle; le obligaron a salir con peligro de ser arrestado por los que se habían lanzado en su busca. El buen Padre manifestó después que había sentido mucho ese trato, pero que sin embargo no guardó de él ningún resentimiento.

Hacia el mismo tiempo, en casa del Sr. Favre, en la calle Cordeliers, una mujer pobre vino a llamar a la puerta. La Srta. Favre fue a abrirla, y se entrelazó este diálogo entre ella y la mendiga: "Tengo, Señora, un gran servicio que pedirle. Se dice que hay ocultos muchos sacerdotes en esta calle, de los que vos conoceréis sin duda algunos. Si pudierais indicarme solo uno, os lo agradecería mucho. Dan cincuenta francos por cabeza a quienes ayudan a prenderlos; esta suma sería suficiente para alimentar a mi familia durante varias semanas. ---¡Cómo, desgraciada, no tendríais pena alguna en hacer morir así a gentes honestas!. - ¿Qué quiere usted? Cuando se es pobre!... Por otro lado esas gentes hacen tanto mal a la nación... – Sepa usted que, aunque conociera alguno, no os lo diría nunca!. – Por mí, no creería estar obrado mal

* Se trata por tanto del famoso convento de las Hospitalarias, en que después estuvieron presas la Madre Henriette Aymer con su madre, lo mismo que Gabriel de la Barre con la suya. Un amplio terreno contiguo a la casa de la Sra. Aymer. El colegio de los Padres tenía también el nombre de Grand' Maison, como el anterior de las Hermanas situado enfrente al otro lado de la calle.

denunciándoles; pero querría estar segura de mi acción". La Srta. Favre cerró la puerta con indignación, gimiendo sobre el estado de ceguera en que había caído el pobre pueblo, a consecuencia de las soflamas furibundas que vomitaba una prensa deshonesta cada mañana contra los ministros de la religión.

Estos libelos incendiarios eran repartidos con profusión hasta por los campos. Varios habitantes de los pueblos, convertidos de sus errores, han proclamado después al abbé Coudrin que más de una vez habían tenido el fusil en la mano con la intención de matarle. "Nos habían hecho creer decían, que haciéndole morir haríamos un gran servicio a la república". Ya antiguo imperio de la prensa sobre las conciencias.

CONTINUACIÓN - 10

Annales 1876 – 77 (pg 225)

El abbé Coudrin no limitaba sus trabajos evangélicos a la ciudad de Poitiers y sus alrededores, los extendió hasta la diócesis de Tours.

Había en esta última ciudad un médico de apellido de la Cussière, célebre en aquella época, más aún por el odio hacia el clero que por las curaciones que había hecho. Viéndose

Cercano a la muerte, reclamó la presencia de un sacerdote católico. Le dijeron que casi todos andaban dispersos o los habían asesinado; que, por otro lado, los que quedaban difícilmente consentirían en venir a la casa de un enemigo declarado. Sin embargo uno de sus amigos fue a Poitiers y habiendo oído hablar del famoso Marche-à-Terre como de un sacerdote celoso e intrépido, manifestó el deseo de tener una entrevista con él; en ella le expuso el estado del Sr. de la Cussière y los sentimientos que acababa de expresar. Esto fue suficiente para determinar al buen Padre a volar en socorro de esa alma. Partió esa misma noche e hizo el viaje a pie durante la noche, y quedándose durante el día entre los trigales. Llegado a Tours, se dirigió hacia la morada que le habían indicado. Cuál no sería su gran sorpresa al reconocer al entrar un chalet que había visto durante su infancia. Efectivamente, cuando aún vivía en casa de sus padres, el joven Coudrin habiéndosele salido el brazo, fue llevado por su padre a casa de este mismo médico, quien le hizo la operación conveniente, justamente en ese patio de entrada y sobre un banco que se encontraba aún allí, delante del abbé Coudrin. Por eso, el tema de su presentación fue éste: Señor, dijo a su enfermo, ¿recordáis haber visto, hace unos quince años, a un campesino de Coussay-les-Bois que os trajo a su hijo con el brazo dislocado?. – Me acuerdo muy bien, replicó el médico. – Pues bien, volvió a decir el buen Padre, fue a mi a quien hicisteis aquel servicio y vengo a ofrecerle otro mayor. Este brazo que arreglasteis, va ahora a extenderse sobre usted para curarle completamente vuestra alma. - ¡Ah! es usted, dijo emocionado el Sr. de la Cussière, qué feliz me hace el recibirle en

este momento! El enfermo recibió los sacramentos y murió tres días después entre sentimientos de una viva confianza en Dios.

El buen Padre fue llamado otra vez a Preully, pequeña villa a ocho leguas de Loches, en ese mismo departamento d' Indre et Loire. Una señora de ese país es quien requería su ministerio.. Apenas había entrado en su casa, cuando se presentaron los policías armados preguntando quién era ese extraño. Es mi médico, respondió la señora, creyendo poder dar ese nombre a quien venía a curar las llagas de su alma. Los gendarmes no llevaron más allá sus investigaciones.

Algunas cartas del P. Coudrin nos muestran que también ejerció su ministerio en Saint Maure, en muchos de sus viajes a la Touraine. Pasó igualmente algunos días en Chambon, parroquia de la misma diócesis, en casa de uno de sus parientes llamado Chène. Corrió allí un gran peligro; porque la hija mayor de este señor, que no tenía entonces mas que cuatro o cinco años, cometió una indiscreción, bien perdonable a sus años, pero que faltó poco para que hiciera perder la vida a nuestro piadoso fundador. Habiendo dicho esta niña a algunos vecinos que el Sr. Coudrin estaba en casa de su padre, y que había dicho en ella la misa, éstos, partisanos de la Revolución, denunciaron al sacerdote a los agentes de la policía, quienes se apresuraron a hacer una visita domiciliaria. Pero Dios velaba por la vida de su servidor, fue prevenido a tiempo y consiguió escapar. El señor y la señora Chène rodearon desde entonces de un gran respeto la habitación en que el buen Padre había celebrado la santa misa: no permitían a sus hijos jugar en ella. Una de las dos hijas del Sr. Chène entró más tarde en el convento de los Sagrados Corazones, donde hizo su profesión con el nombre de Anastasia; es ella quien contó los detalles del hecho.

Durante tan diversos traslados, el abbé Coudrin tuvo varias veces la ocasión de pasar de nuevo por la Motte d' Usseau. Se sentía atraído no solamente por la gratitud que debía a las señoras de Viart y a su primo, el Sr. Maumain, que le había dado hospitalidad al inicio de su peligrosa carrera, sino también por la necesidad de encontrar de nuevo un asilo en sus peligrosas peregrinaciones. Es probablemente en uno de estos viajes donde hay que colocar el suceso siguiente, en que lo placentero se junta con lo serio.

Había en la granja del castillo una especie de pequeño granero al que se entraba por una trampa abierta en el techo de un retrete de urgencias. Un día en que el abbé Coudrin se encontraba en la Motte, los gendarmes, que probablemente tenían sus sospechas, llegaron de improviso, de tal modo que aquel a quien buscaban solo tuvo tiempo para subir al refugio. Los gendarmes empezaron a hacer sus registros: lo repasaban todo. Enseguida entraron en la bodega de la granja; revolvieron todas las cubas para asegurarse que nadie se había refugiado en ellas. El abbé Coudrin oía todo este estrépito, hasta veía aproximarse a sus perseguidores; un instante más y lo hubieran atrapado. Fue entonces cuando a la Sra. Maumain se le ocurrió una estratagema que le dio un resultado maravilloso. Entró de prisa en el retrete y se sentó en la taza. Los

gendarmes abrieron la puerta, pero la encontrar a la señora en semejante posición, se retiraron pidiéndole excusas, lo mismo que a su marido.*

A medida que el abbé Coudrin multiplicaba sus obras de celo y de caridad en la Touraine y el Poitou, su reputación se extendía más y más en sus contornos. Muchas personas, no pudiendo hacerle venir ni tampoco ir en su busca, le consultaban por carta. Un amigo del buen Padre, el Sr. Charles Marie, se había constituido en su mandadero; llevaba sus noticias en sus bajos o entre los forros o en el dobladillo de sus vestidos.

Pero buen número de piadosos fieles no temían llegarse hasta Poitiers con el fin de confesarse con este santo sacerdote. De ese número formaron parte los miembros de su familia. Relataremos aquí algunos detalles que no están faltos de interés.

Cuando el abbé Coudrin salió, en 1792, de su primer retiro de la Motte d' Usseau, hizo poco tiempo después una corta aparición en su familia. Su padre, el Sr. Abraham Coudrin, quiso aprovechar esta circunstancia para confesarse; porque entonces era muy difícil encontrar un sacerdote católico. El joven abbé no rehusó ejercer su ministerio con el autor de su vida. Apenas el Sr. Abraham hubo acabado su acto de piedad y de humildad cristiana cuando la Sra. Coudrin quiso hacer otro tanto. Su hijo le dijo: Madre mía, os prevengo que, si vos queréis dirigiros a mi, os propondré hacer una confesión general. Era la práctica que nuestro piadoso fundador había adoptado, persuadido de que en esos tiempos tormentosos, no se podía preparar mejor al martirio, del que se estaba amenazado sin cesar.. La Sra. Coudrin, que no se esperaba esta proposición, pareció en un principio cohibida; pero tras unos instantes de reflexión, dijo: Es igual, y se puso de rodillas a los pies de su hijo. Desde entonces, no solo el padre y la madre del abbé Coudrin, sino sus dos otros hermanos y su hermana se confesaban con él; para ello aprovechaban ordinariamente de su paso por Coussay. Cuando los tiempos fueron más pacíficos, fueron ellos mismos a encontrarle en Poitiers, continuando así hasta 1802, momento de la partida de nuestro fundador para Mende.

A finales de 1801, el Sr. Abraham, habiendo ido según su costumbre a Poitiers, con su hijo, Charles, y los dos niños de este último, quisieron asistir a la oración de la noche con los primeros discípulos ya reunidos alrededor del Buen Padre, como diremos enseguida; ahora bien, ya acostumbraban entonces, al salir de la capilla, que se recitara el *Miserere* y, cuando había terminado, recibir la bendición del cabeza de esta familia naciente. El Sr. Abraham y sus hijos quisieron recibir su parte en este favor espiritual, que fue algo conmovió mucho al abbé Bauregard que entonces estaba presente. Para terminar el cuadro de los trabajos apostólicos del abbé Coudrin, bajo el reinado del Terror, debemos decir que la visita de los enfermos fue siempre su ocupación capital en este tiempo de persecución. Durante dos años

* Este pequeño reducto sirvió varias veces de asilo a nuestro fundador durante los tormentosos días de la revolución. Estas eran sus dimensiones, según una nota redactada en el estilo del tiempo: tenía 81 pulgadas de ancho del lado norte y 76 pulgadas al mediodía; 177 pulgadas de ancho al oriente y 182 al poniente. La trampa por la que se entraba al granero tenía 26 pulgadas de ancho y 24 pulgadas de largo. Ver Annales 1874, p. 177.

sobretudo, por no haber más que un pequeño número de colaboradores en este ejercicio de caridad, encontró en ello una mayor fatiga al no poder apenas entregarse a ello más que por la noche. Le sucedió algunas veces administrar a seis o siete personas en una sola noche. Hablando un día a sus religiosos de las disposiciones que Dios le había puesto en el corazón en esta época de su vida, les decía con sencillez. "Mi decisión era, si los perseguidores llegaban a prenderme, declarar de inmediato que era sacerdote y que no había hecho el juramento; después comulgarme por modo de viático cuando estuviera en la prisión: este era todo mi consuelo". Ya sabemos que el buen Padre llevaba consigo siempre el santo Sacramento sobre su pecho en estas correrías apostólicas.

Aunque era difícil reunir un numeroso auditorio en esta época, el abbé Coudrin no dejaba de anunciar la palabra de Dios a los fieles que se reunían entorno suyo. Se ha encontrado entre sus escritos un sermón que lleva la fecha 1794: es el tercero y último que escribió; porque sus ocupaciones no le permitieron escribir sus predicaciones; predicaba siempre desde su "abundancia". Este sermón es más corto que los otros; tiene las señales de ser una composición rápida; lleva por título La Impenitencia final. El autor cita en apoyo de su doctrina el ejemplo de los principales promotores de la Revolución que habían sido inmolados por sus propios cómplices; pero se señala que el nombre de Robespierre no se encuentra en él; lo que prueba que este sermón debió haber sido escrito antes del fin de julio, porque este perseguidor fue guillotinado el 27 de ese mes.

En esa época, el piadoso misionero anunciaba la palabra de Dios con una fuerza y una unción notables. A medida que los tiempos se fueron calmando, sus predicaciones eran más frecuentes y más solemnes. Varias personas que le habían oído desde sus comienzos, aseguraban que debía pararse en medio de un sermón, debido a que se encontraba agotado por el ardor con que hablaba. Una vez, entre otras, cayó en una especie de desvanecimiento. En la oración era donde se encendía ese fuego sagrado que devoraba el corazón del santo sacerdote; de ordinario no aportaba otra preparación que una buena meditación; pero Dios colocaba en su boca lo que tenía que decir, porque no era la temeridad lo que le hacía obrar así, sino la necesidad. En general no había en sus discursos ni brillantes pensamientos, ni expresiones rebuscadas, pero se sentían en ellas los ardores de un corazón totalmente abrasado por el amor de Dios y del prójimo.

Tales predicaciones no podían quedar estériles; al contrario, producían frutos abundantes: a menudo se veía al auditorio permanecer inmóvil y como colgado de sus labios; numerosas conversiones fueron efecto de estos sermones. Tenía un don particular para excitar a la confianza en la misericordia divina y en el amor de Dios. Una persona muy espiritual decía comparándole con otro predicador: *El Sr. enseña a temer a Dios, y el Sr. Coudrin enseña a amarle*. Era verdaderamente difícil resistirse a la fuerza de su elocuencia sin adornos oratorios. Es lo que se también decía, algunos años más tarde, a uno de nuestros hermanos, el R.P. Claude Benoit, jesuita: *El Sr. Coudrin, decía, causa sobre su auditorio una impresión tanto más profunda cuanto que no*

*mira a sus resultados; porque cómo disputar la victoria a un predicador que se olvida enteramente de sí mismo para no intentar mas que expresar simplemente y con fuerza las verdades santas de las que está inundado. Sin embargo las almas piadosas que querían sacar de estas instrucciones todo el fruto que estaban destinadas a producir, debían aportar el mismo espíritu de fe y de piedad que les inspiraba el predicador. Es lo que reconocía la Reverenda Madre Henriette, de la que hablaremos enseguida. Desde el año 1802, después de haber escuchado los primeros sermones del Buen Padre, decía a las personas de su confianza: *Para aprovechar bien las instrucciones del Sr. Coudrin, hay que ponerse en oración.**